

gidas, en su abundante colección; que las envolvió convenientemente, y que diez minutos después, él y su padre atravesaban la plazuela inundada de sol, que achicharraba, en dirección á Peleches.

— Ya ves, Leto, — le decía muy regocijado su padre, y por lo bajo para que no se enteraran de la conversación las gentes que volvían de la Glorieta, — cómo el león no es tan fiero como le pintan. Muchas veces nos alucinamos... eso es... nos ofuscamos, por ver y juzgar de lejos las cosas. Y á ti ¡caray! te ha pasado mucho de eso. Dígotelo, porque al fin vas ¡caray! vas, sí señor; y sin grandes resistencias, y hasta llevas esas pinturillas contigo... ¡bien llevadas, muy bien llevadas! eso es; muy bien llevadas, por lo mismo que te las han pedido y desean verlas... Yo pensé... ¡ahí tienes!... que no te prestarías á ello, porque hasta de mí las has escondido siempre, por esas rarezas ¡caray! que nunca he podido explicarme... eso es... Pero la fuerza de las cosas ha querido que el león se te vaya á la mano; y como te decía antes, no te ha parecido tan fiero como

visto á larga distancia... eso es... y ya te das á partido, ¡caray!

Leto, sonriendo de cierta manera habitual en él, contestó á su padre:

— ¡Si supiera usted la procesión que me anda por dentro!...

— ¡Ay, Leto del alma! — replicó don Adrián parándose en firme. — Pues si á procesiones fuéramos... ¡quién, en casos tales, no las llevará consigo, en más ó en menos, caray, hasta hacerle temblar las choquezuelas? Vamos á una casa extraña y de mucho viso, á una mesa quizá opípara... eso es... dos hombres acostumbrados á la vida oscura y metódica... de lo más metódica y sencilla... eso es... La emoción... el sobresalto si quieres, es de necesidad... Pero una cosa es eso, y otra muy diferente lo otro que á ti te pasa... ó te pasaba... En fin, de esto no hay para qué volver á hablar, Leto. Pero he de repetirte, en conclusión, lo que te dije anoche: hay que sacar fuerzas de flaqueza en ciertos lances de la vida... y hacerse superior, eso es, á las nativas debilidades... porque no hay hombre sin hombre... y todos nos

debemos mutuos servicios y respetos... eso es... Tú eres mozo; nada te falta, es verdad... y acaso no te falte nunca, por mucho que vivas, si la venturosa quietud de Villavieja continúa inalterada y no te sale un competidor en el oficio, como no me ha salido á mí desde que soy boticario; pero es posible que te salga, porque lo malo cunde y no anda ya lejos de nosotros, eso es... ó que te convenga cosa mejor que la que poseas, y entonces ¡caray! bueno es tener valedores... y bien sabes tú que la casa de Peleches raya en todas partes tan alto como la que más... y puesto que nos dan la vaquilla, corramos con la soguilla ¡caray!... y muy agradecidos, sí señor; y el corazón en la punta de la lengua, eso es; y el que tiene algo en la cabeza, como no dejas de tenerlo tú, noble y honrado además, sí señor, que lo manifieste ¡caray! si llega el caso de hacerlo, con entereza y con fe, que esto no está reñido con la buena educación, ni siquiera, eso es, con la cristiana humildad. Cuando Dios da al hombre el caudal de las ideas, no se le da ¡caray! para que le guarde con avaricia, ni tam-

poco para que le despilfarre contrahecho ó á escondidas y con vergüenza: no señor, ¡caray! no señor... como vienes haciendo tú... Eso es.

Dió dos golpecitos con su caña en el suelo, y continuó marchando calle arriba.

Leto, pensativo y bastante risueño, pero sin contestarle una palabra, hizo lo mismo á su lado.

Así llegaron á Peleches, en cuyo saloncito de labor, ó mejor dicho, estudio de Nieves, con las puertas del balcón abiertas de par en par para que entrara á borbotones el nordeste que corría, saturado de los efluvios de la mar, fueron recibidos por los señores de la casa y por don Claudio Fuertes que también estaba convidado á comer.

Nieves había cambiado su traje oscuro por otro casi blanco; y al verla así Leto, blanco el vestido, blanca, nacarina la tez, azules los ojos y el cabello rubio, como no se le ocurrían más que tontadas, en seguida se la forjó nereida ó cosa así de las fantásticas regiones submarinas, enviada allí por los genios protectores de Peleches,

envuelta en una ráfaga salobre de las que inundaban la estancia sin cesar. En otra mirada rápida en derredor del saloncillo aquel, se le antojó haber visto la blanda, inteligente mano de una artista, colocando cada mueble, cada libro y cada cachivache en el único sitio que le correspondía; y ¡otra bobada mayor! aun marcó con la vista en las paredes y sobre muebles determinados, los lugares y los aparatos en que sus acuarelas, á no ser tan malas como eran, hubieran hecho un lucidísimo papel.

Pensar esta bobada y clavar Nieves los ojos en el cartapacio que él llevaba entre manos, y hasta preguntarle en seguida con ellos si *las* traía, fué todo uno. El mozo se halló con aquel tiro tan inesperado, como contrabandista cobarde delante de los carabineros. Sin detenerse apenas á saludar como debía, desató el fardo y entregó el contenido con las manos trémulas, pero resuelto á todo.

A creer á Nieves, y no hay serios motivos para lo contrario, en aquellas obras de Leto había verdaderas maravillas de arte. Bermúdez y Fuertes opinaron lo mismo;

pero no eran sus votos de tan ganada autoridad como el de Nieves, la cual, para mayor confusión del aturdido Leto, no contenta con ver los cuadros sobre sus rodillas, fué colocándolos uno á uno... ¿en dónde, gran Dios! sobre los mismos muebles y en los propios sitios de las paredes en que los había imaginado él... Y á todo esto, la sevillanita, con su entrecejo algo fruncido, su frase concisa y sobria, sin extremos en la alabanza, sin apresurarse, sin sonreír más que lo preciso, deslizándose entre sillas y veladores sin tropezar con nada, sutil, airosa, discreta... en fin, que tanto por lo que decía como por el modo de decirlo, y hasta por el modo de andar, había que creerla inteligente en el arte, y desde luego sincera. Con esto y con la propensión natural de Leto á someter sus juicios al imperio de los extraños, por primera vez en su vida se creyó algo pintor y no del todo insignificante.

— Pues ahora va usted á ver mis obras, — le dijo Nieves muy templada, dejando las de Leto sobre un velador, — siquiera para que aprenda usted, en vista de lo

malas que son, á no ser tan avaro de las suyas.

Y como lo dijo lo hizo, sacándolas de un gran cartapacio que estaba sobre una mesita contigua á un caballete desocupado.

— La mayor parte, — decía Nieves á Leto solo, aunque le acompañaban en la escena los demás personajes allí presentes, — son copias y malas: las originales son peores... No se sonría usted, porque es la pura verdad... Vea usted ese gitano... copia, dura y desentonada, y hasta sin dibujo... Una marina... ¡Qué olas, eh? Parecen de percalina... Una ventana con flores y pajaritos enjaulados: de nuestra casa de Sevilla. Esta acuarela es original: debe usted conocerlo por lo resobadita que está de color...

Por este arte siguió mostrando y juzgando la mayor parte de sus obras. A veces, mientras Leto examinaba una, teniéndola cogida con las dos manos, Nieves metía entre ellas otra suya, blanca, torneadita y olorosa, para poner el índice primoroso encima del objeto censurado; y entonces Leto perdía de vista la acuarela,

porque los ojos se le iban detrás de la mano, y la atención y hasta el olfato... A don Adrián y al comandante les parecían inmejorables las pinturas, y así lo declaraban; y don Alejandro, mal avenido con las sinceridades de su hija, quería desautorizarlas explicando cómo y por qué... En cuanto á Leto, no pudiendo concebir que de aquellas manos tan bonitas salieran obras imperfectas, todo lo hallaba superior, y así lo daba á entender como podía.



— Todo eso que ustedes me dicen

— insistía Nieves muy serena — es pura cortesía. Ninguna de estas obras tiene otro mérito que el de estar hechas con grandes deseos de hacerlo mejor. Lo conozco por lo mismo que sé estimar las buenas, como las

de usted; pero sigo pintando porque me entretiene, y enseño lo que pinto, como ahora, por no hacerme de rogar más tarde y porque no lo tengo á pecado mortal... Al óleo, con franqueza, pinto algo mejor que á la aguada... Ya lo verá Leto, que lo entiende, cuando pinte algo aquí... porque pienso pintar mucho... y andar más... Todos los sitios en que he puesto antes las cartulinas de usted, han de quedar ocupados por obras mías... Cuento con que me dejará usted copiar las suyas para eso.

Leto, que ya había soñado con verlas honradas allí, se llamó á engaño y declaró á Nieves que no volverían al cartapacio de la botica aquellos insignificantes borrones, puesto que le gustaban á ella; y Nieves, sin andarse en ociosos disimulos, porque conocía la sinceridad de la oferta, la aceptó de plano con gran regocijo, aunque no tanto como el que produjo en don Adrián el galante rasgo de Leto.

Andando en estas y otras tales, llegó Catana al saloncillo para anunciar que estaba la sopa en la mesa; y al disponerse todos para ir al comedor, Leto, recordando

algo de lo que había visto y oído en Madrid y leído después, haciendo un esfuerzo sobrehumano y dando diente con diente por el temor de pasarse de fino, ó de estar equivocado, ofreció su brazo á Nieves, que le aceptó placentera y como la cosa más corriente y natural del mundo.

Los demás comensales abrieron paso á la pareja, á la cual siguieron Bermúdez muy complacido, Fuertes algo maravillado, y don Adrián hasta orgulloso con aquel gallardo arranque del empecatado muchacho.

